

CAPÍTULO III

La cámara oscura

No bien la reina había entrado en sus habitaciones, cuando el capitán general Actón se hizo anunciar mandándole á decir que tenía que comunicarle dos importantes noticias; pero sin duda no era el ministro á quien la reina esperaba, ó, por lo menos, no era él solo, puesto que respondió con bastante dureza:

— ¡ Bien! que espere en el salón; ya pasaré á verle así que me desocupe.

Actón estaba acostumbrado á estos arranques reales. El amor había concluído desde hacía mucho tiempo entre él y la reina; conservaba su título de amante de igual manera que el de primer ministro, lo cual no impedía que hubiese otros ministros y otros amantes.

Entre aquellos antiguos enamorados no existía ya sino un lazo político. Actón necesitaba, para

mantenerse en el poder, de la influencia y del ascendiente que la reina tenía sobre el rey; Carolina necesitaba del genio intrigante y de la infinita complacencia de Actón para llevar á cabo sus venganzas ó para satisfacer sus simpatías.

Al entrar en su cuarto, la reina se despojó rápidamente de sus vestidos de gala, de sus flores, de sus diamantes, de su pedrería; borró de sus mejillas el hermellón de que tanto abusaban las mujeres de aquella época, y en particular las princesas y las damas de alto rango, se puso un peinador blanco, tomó una bujía, siguió por un corredor desierto, y después de atravesar una serie de habitaciones, llegó á una cámara aislada, de severo mueblaje, que comunicaba al exterior por una escalera secreta de la cual tenía Carolina una llave y otra su esbirro Pascuale de Simone.

Durante el día, las ventanas de aquella cámara se hallaban cerradas constantemente y ni el más débil rayo de luz penetraba en ella.

Fija en el centro de una mesa había una lámpara de bronce, cuya espesa pantalla concentraba la luz en una reducida circunferencia, dejando el resto de la cámara sumido en profunda obscuridad.

Aquella era la sala de las denuncias. Si los denunciadores tenían ser reconocidos, á pesar de

las densas tinieblas en que se hallaban los ángulos de la habitación, podían presentarse con el rostro cubierto por un antifaz, ó vestir en la antecámara uno de esos largos hábitos que gastaban los penitentes para acompañar los cadáveres al cementerio ó las víctimas al cadalso; uno de esos horribles sudarios que convertían al hombre en espectro, y cuyos dos agujeros, practicados en la parte superior para dar paso á la vista, semejaban las órbitas vacías de una calavera.

Los tres inquisidores que se sentaban en aquella mesa inmortalizaron sus nombres adquiriendo una triste celebridad; llamábanse Castel-Cicala, ministro de Negocios extranjeros, Guidobaldi, vicepresidente de la junta de Estado, que desde hacía cuatro años se hallaba en permañencia, y Vanni, procurador fiscal.

En recompensa de sus buenos servicios, la reina acababa de conceder á este último el título de marqués.

Pero aquella noche, la mesa estaba desierta, la lámpara apagada, el cuarto solitario; el único ser viviente ó con apariencias de vida que allí se veía era una péndola, cuyo monótono tic tac y cuyo ruidoso timbre turbaban sólo el fúnebre silencio en que yacía la habitación.

Hubiérase dicho que las tinieblas que reinaban constantemente en aquella cámara habían espesado el aire, haciéndole semejante al vapor que flota sobre los pantanos; al entrar allí, se notaba, no sólo un cambio de temperatura, sino también de atmósfera, y pronto se conocía que ésta, no componiéndose de los mismos elementos que forman el aire exterior, era más difícil de respirar.

El pueblo, al ver continuamente cerradas las ventanas de aquella cámara, la había bautizado con el nombre de *cámara obscura*; y con el terrible instinto de adivinación que le caracteriza, instinto que venían á auxiliar ciertos rumores vagos y misteriosos, habían llegado á comprender sobre poco más á menos lo que allí pasaba; pero como no era él á quien amenazaba aquella fúnebre obscuridad, como los decretos que salían de aquel antro sombrío pasaban por encima de su cabeza é iban á abatir las más elevadas frentes, el vulgo era el que más hablaba de aquella cámara tenebrosa, y en realidad el que menos la temía.

En el momento en que la reina, pálida y alumbrada como lady Macbeth por el reflejo de la bujía que llevaba en la mano, entró en aquella habitación de atmósfera densa, dejóse oír esa especie de escape

que precede á los golpes del timbre, y la péndola dió las dos y media.

Ya hemos dicho que la cámara estaba vacía, cosa que sin duda no esperaba la reina, puesto que pareció admirarse de aquella soledad. Carolina vaciló un momento antes de penetrar en ella; pero no tardó en dominar la especie de terror que le produjera el ruido inesperado de la péndola. Entonces avanzó con seguro paso, dirigió una mirada escrutadora al fondo de la cámara y fué á sentarse á la mesa colocada en el centro.

Aquella mesa formaba contraste con la del cuarto del rey; semejante al escritorio de un tribunal, hallábase cubierta de papeles y de legajos, viéndose entre ellos dos ó tres escribanías y considerable número de plumas.

La reina, distraída y pensativa, se puso á hojear maquinalmente algunos papeles; sus ojos los recorrían sin leerlos y era fácil conocer que su imaginación estaba lejos de allí. De cuando en cuando, prestaba oído atento á los ruidos exteriores. No pudiendo al fin contener su impaciencia, se puso en pie, y dirigiéndose hacia la puerta de la escalera secreta, se detuvo en ademán de escuchar.

Á los pocos momentos de hallarse en aquella actitud, oyó el rechinar de una llave en la cerradura.

— ¡ Por fin ! exclamó.

Estas dos palabras dejaban conocer el afán con que la reina esperaba á la persona que debía venir por aquel sitio.

En seguida abrió la puerta que daba sobre una sombría escalera.

— ¿ Eres tú, Pascuale? preguntó.

— Sí, señora, respondió desde el último tramo una voz de hombre.

— ¡ Tarde vienes! dijo la reina frunciendo el entrecejo y volviendo hacia la habitación con aire sombrío.

— ¡ Y á fe mía que no ha faltado mucho para que no viniese ni tarde ni temprano! respondió aquel á quien se reconvenía por su falta de diligencia.

La voz se aproximaba cada vez más.

— Y ¿ por qué ha faltado poco para que no vieras?

— ¡ Porque la faena ha sido ruda! respondió el hombre, apareciendo en la puerta de la habitación.

— ¿ Pero al fin se ha hecho?

— Sí, señora, gracias á Dios y á mi patrono San Pascual; pero ha costado un poquillo cara.

Y al hablar así, el esbirro depositó en un sillón un envoltorio que al chocar contra el mueble produjo un sonido metálico.

La reina le miraba con una expresión de curiosidad y repugnancia.

— ¿ Dices que ha costado cara? preguntó.

— ¡ Friolera! un hombre muerto y tres heridos.

— Bien. Se le señalará una pensión á la viuda y se gratificará á los otros.

El esbirro se inclinó en señal de gracias.

— ¿ Luego eran varios? preguntó la reina.

— No, señora, no era más que uno; pero no era un hombre, sino un león; tuve que arrojarle mi cuchillo á diez pasos de distancia, sin lo cual también da cuenta de mí.

— ¿ Y por último?...

— Por último conseguimos hacerle entrar en razón.

— ¿ Y le quitasteis los papeles á la fuerza?

— ¡ Oh! no, señora, los dió voluntariamente; como que estaba muerto.

— ¡ Ah! exclamó la reina estremeciéndose ligeramente. ¿ Conque al fin tuvisteis que matarle?

— Preciso fué, ¡ voto á bríos! y á fe mía que lo siento y que no lo hubiera hecho sino en servicio de V. M.

— ¡ Cómo! ¿ sientes haber matado á un francés? No creía que los soldados de la República te mereciesen tanto cariño.

— No era un francés, señora, dijo el esbirro moviendo la cabeza.

— ¿ Que no lo era?

— Ningún francés habló jamás el dialecto de Nápoles como le hablaba ese pobre diablo.

— Supongo, dijo la reina, que no habrás cometido algún error. Te expliqué perfectamente que era un francés que había venido á caballo desde Capua á Puzzolo.

— Justo, señora, y en un bote desde Puzzolo al palacio de la reina Juana.

— Un ayudante del general Championnet.

— ¡ Oh! tranquilícese V. M., no me he equivocado. Por si alguna duda pudiera quedarme, él mismo se tomó el trabajo de decirme quién era.

— ¿ Le dirigiste la palabra?

— Sin duda, señora. Al oírle charlar el napolitano con tanta soltura, temí engañarme y le pregunté si en efecto era él la persona que me habían encargado matar.

— ¡ Imbécil!

— No tanto como cree V. M., puesto que mi hombre me respondió afirmativamente.

— ¡ Cómo! ¿ te dijo que sí?

— Vuestra Majestad comprende que pudo haberme dicho que no; haberme dicho que era de Basso-Porto

ó de Porta-Capuana, cosa que me hubiera llenado de incertidumbre, no siéndome posible probarle lo contrario. Pero, no, señor, no se anduvo con paños calientes. « Yo soy el que buscáis, » me respondió. Y no bien lo había dicho, cuando dos hombres estaban ya en tierra de dos pistoletazos. En seguida echó mano al sable y de un par de cuchilladas tumbó otros dos al suelo. Os aseguro que era un valiente y que por lo mismo creyó inútil é indigno recurrir á una mentira.

Á este elogio de la víctima hecho por el asesino, la reina frunció el entrecejo.

— ¿ Y murió ?

— Sí, señora.

— ¿ Y qué habéis hecho de su cadáver ?

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, no sé lo que habrá sido de él : vi que llegaba una patrulla al lugar del combate, y temiendo comprometerme y comprometer los intereses de Vuestra Majestad, puse pies en polvorosa dejándola el cuidado de recoger los heridos y enterrar los muertos.

— ¡ Entonces van á conocer que era un oficial francés !

— ¿ Y en qué lo conocerán ? Aquí están su capa, sus pistolas y su sable que recogí en el campo de batalla. ¡ Y que no sabía manejar estos chismes el

tal ayudante ! En cuanto á papeles, no tenía más que esta cartera y este papelucho que salió pegado á ella.

Y el esbirro colocó sobre la mesa una cartera de badana teñida de sangre ; adherido al cuero había un pedazo de papel en forma de carta.

El esbirro despegó el papel con la mayor indiferencia y puso ambas cosas encima del tapete.

La reina extendió la mano ; pero sin duda vaciló en tocar aquella cartera ensangrentada, puesto que se detuvo, preguntando al asesino :

— ¿ Y su uniforme ?... ¿ qué habéis hecho de él ?

— ¡ Esa es otra de las cosas que me hacen dar por las paredes !... ¡ no tenía tal uniforme ! Vestía, bajo la capa, una sencilla hopalanda de terciopelo verde con trenzas negras. Como la noche estuvo lluviosa en un principio, sin duda cambió su mojado uniforme por la levita de algún amigo.

— ¡ Es extraño ! murmuró la reina, me habían dado sus señas exactamente. Pero, en fin, los papeles de esta cartera disiparán todas las dudas.

Y con sus enguantados dedos, cuyas extremidades se tiñeron de sangre, abrió aquella cartera y sacó una carta. El sobre decía :

« Al ciudadano Garat, embajador en Nápoles de la República francesa. »

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

La reina rompió el sello en el cual se veían las armas de la República, abrió la carta y lanzó una exclamación de alegría al recorrer las primeras líneas, alegría que iba en aumento á medida que avanzaba en la lectura. Así que acabó de leer, dijo al esbirro :

— Pascuale, eres un hombre precioso, y prometo hacer tu fortuna.

— ¡ Hace ya bastante tiempo que V. M. me lo promete ! respondió Simone.

— Descuida, que esta vez te cumpliré mi palabra ; mientras, voy á darte una gratificación.

La reina escribió algunas líneas sobre un pedazo de papel.

— Toma este bono de mil ducados ; quinientos son para ti, quinientos para tu gente.

— ¡ Gracias, señora ! dijo el esbirro, secando la tinta del papel antes de metérsele en la faltriquera.

— Pero aun no he dicho á V. M. todo lo que tenía que decirle.

— Tampoco te he preguntado yo todo lo que tenía que preguntarte ; pero deja que antes vuelva á leer esta carta.

La reina dió á la carta una segunda lectura manifestando la misma satisfacción que la primera vez.

Luego, volviéndose á Simone :

— Vamos á ver, mi fiel Pascuale, ¿ qué más tenías que decirme ?

— Tenía que decirlos, señora, que habiendo permanecido el emisario en las ruinas de la reina Juana desde las once y media hasta la una ; que habiendo cambiado allí su uniforme de militar por una hopalanda de paisano, eso prueba que no estaba solo y que sin duda traía cartas del general para algunas otras personas además del embajador francés.

— Justamente pensaba yo en eso mismo cuando tú me lo referías, querido Pascuale. ¿ Y no tienes ninguna sospecha respecto á esas personas ? añadió la reina.

— Tovavía no ; pero dentro de poco sabremos á qué atenernos.

— Te escucho, Pascuale, dijo la reina fijando sus ojos en el esbirro y envolviéndole en cierto modo con los rayos de su mirada.

— De los ocho hombres que había reunido para la expedición de esta noche, distraje dos, creyendo que tendría bastante con seis para dar cuenta de nuestro edecán, y por cierto que estuve á pique de pagar bien caro el no haber sabido apreciar la robustez de su muñeca ; pero, ¡ no importa !... Pues

bien, como iba diciendo, aposté aquellos dos hombres junto al palacio de la reina Juana, encargándoles que siguieran á cuantas personas saliesen, antes ó después del joven ayudante, y que trataran de averiguar quiénes eran, ó por lo menos, dónde vivían.

—¿ Y bien ?

— Les di cita al pie de la estatua del Gigante, y si Vuestra Majestad me lo permite, voy á ver si están ya en el sitio convenido.

— ¡ Anda, ve ! y si estuviesen, tráelos aquí ; quiero interrogarlos yo misma.

Pascuale de Simone desapareció por el corredor, y el ruido de sus pasos se apagó en el fondo de la escalera.

Una vez sola, Carolina echó una vaga mirada hacia el tapete, y sus ojos se detuvieron en aquel papel que el esbirro había despegado de la cartera, á la cual se hallaba adherido por la sangre ya coagulada, papel que la habían hecho olvidar completamente el deseo de leer el despacho del general Championnet y la satisfacción que su lectura le produjo.

En cuanto abrió aquella carta, cuyo papel satinado y cuya letra menudita, fina, y aristocrática revelaban la mano de una mujer, la reina conoció que era un billete amoroso.

La primera línea decía : *Caro Nicolino*.

Pero, desgraciadamente para la curiosidad de la reina, la sangre había invadido por completo la página escrita; sin embargo, se distinguía la fecha, que era del 20 de Septiembre, y por algunas palabras sueltas se venía en conocimiento de que la persona que la había escrito, manifestaba su pesar por no poder asistir á su cita acostumbrada á causa de tener que acompañar á la reina, que iba con la corte al encuentro de Nelsón.

Por toda firma había la inicial E.

La reina se quedó esta vez sin comprender una palabra del enigma.

Una carta de mujer, una carta amorosa, una carta fechada el 20 de Septiembre, y escrita por una persona que se excusaba de no poder asistir á su cita de costumbre porque tenía que acompañar á la reina, era imposible que se hubiese dirigido al edecán de Championnet, el cual se hallaba el 20 de Septiembre á cincuenta leguas de Nápoles.

No había más que una probabilidad que no tardó en presentarse á la inteligente penetración de la reina.

Aquella carta se hallaba sin duda en el bolsillo de la hopalanda que prestaron al enviado del general Championnet sus cómplices del palacio de

la reina Juana. El edecán habría metido la cartera en aquel bolsillo después de sacarla de su uniforme, y la sangre que se escapó de la herida pegó aquellos dos objetos, que nada de común tenían entre sí.

Entonces Carolina se puso en pie, fué hacia el sillón en que el esbirro había depositado el envoltorio, desdobló el capote y halló el sable y las pistolas.

La capa era una sencilla esclavina de oficial de caballería.

El sable, como la capa, era de ordenanza, y debía pertenecer al desconocido; pero no así las pistolas.

Éstas, de un trabajo exquisito, procedían de la fábrica real de Nápoles, estaban montadas en plata sobredorada y en el centro de un escudo tenían esculpida la letra *N*.

Un rayo de luz empezó á penetrar las tinieblas de aquel misterio. Indudablemente las pistolas pertenecían al mismo *Nicolino* de la carta.

La reina puso aparte el billete y las pistolas, esperando que aquellos indicios la ayudasen á descubrir la verdad.

En aquel momento, Pascuale de Simone apareció con sus dos hombres.

Las noticias que traían eran de escaso valor.

Cinco ó seis minutos después de salir el edecán, creyeron ver una barca tripulada por tres hombres, que se alejaba en dirección de la ciudad, aprovechando la calma que había comenzado á restablecerse.

Dos de aquellas personas iban al remo, la otra dirigía el timón.

No había, pues, que ocuparse de aquella barca, puesto que, no pudiendo seguirla por mar, naturalmente escapaba á la investigación de los esbirros.

Pero en cambio, aparecieron casi al mismo tiempo otras tres personas en la puerta que daba sobre el camino del Pausilipo, las cuales, después de asegurarse de que se hallaba desierto, se aventuraron á salir, cerrando cuidadosamente la puerta; mas no bajaron hacia Margellina, como había hecho el joven oficial, sino que, por el contrario, subieron hacia la *villa* de Lúculo.

Los esbirros siguieron á los tres desconocidos.

Apenas habían andado cien pasos, cuando uno de estos últimos trepó ligeramente por el talud de la derecha y desapareció tras de los álces y los cactus; debía ser joven y robusto á juzgar por la ligereza con que salvó la escarpa y por la frescura de su voz, al decir á sus dos amigos:

— ¡Hasta la vista!

Á su vez, los otros subieron el talud; pero más lentamente, y se internaron en una senda que volvía hacia Nápoles costeano la cuesta de la montaña y que debía conducirlos al Vomero.

Los esbirros echaron también por la misma senda; mas no tardaron los desconocidos en advertir que los espiaban. Entonces se detuvieron, amartilló cada uno un par de pistolas, y dirigiéndose á los que los seguían:

— ¡ Ni un paso más ! les dijeron : ¡ ni un paso más, si no queréis ir en posta al otro mundo !

Como la amenaza estaba hecha en un tono que no dejaba ningún género de duda respecto á su pronta ejecución, y como los dos esbirros no tenían orden de llevar las cosas tan al extremo, ni más armas que sus puñales, creyeron prudente permanecer inmóviles y se contentaron con mirarlos marchar hasta que los perdieron de vista.

Así, pues, ningún dato importante había que esperar de aquellos hombres : el único hilo que podía servir de guía para descubrir la conspiración perdida en el laberinto del palacio de la reina Juana, consistía en aquel billete amoroso dirigido á Nicolino y en aquellas pistolas compradas en la fábrica real de Nápoles y marcadas con la inicial *N*.

La reina hizo señas á Pascuale y á sus hombres

de que se retiraran; metió en un armario el sable y la capa, que de nada le servían por el momento, y llevó á su cuarto la cartera, las pistolas y el billete.

Actón seguía esperándola.

Carolina depositó en un cajón del escritorio las pistolas y la cartera, y entró en el salón llevando en la mano la carta manchada de sangre.

Al verla aparecer, Actón se levantó y la saludó sin manifestar el menor asomo de impaciencia por su larga antesala.

La reina se dirigió hacia él.

— ¿ No es verdad que sois químico ? le preguntó sin otro preámbulo.

— Señora, respondió Actón : si no lo soy en toda la acepción de la palabra, poseo á lo menos algunos conocimientos en la materia.

— ¿ Creéis que puedan quitarse las manchas de sangre que hay en esta carta sin borrar la escritura ?

Actón miró la carta : una nube sombría cruzó por su frente.

— Para remordimiento y castigo de los que la derraman, la Providencia ha querido, señora, que las manchas de sangre sean las más difíciles de quitar. Si la tinta con que se ha escrito esta carta

se compone de los ingredientes ordinarios, esto es, de una simple tintura y de un mordiente, la operación es casi imposible, porque el cloruro de potasio atacará la tinta al limpiar la sangre; si por el contrario, se compone de nitrato de plata, cosa poco probable, ó de una mezcla de carbón animal y goma copal, una solución de hipoclorito de cal aplicada á la mancha será bastante para arrancarla sin que sufra detrimento lo que debajo hay escrito.

— Bueno, gobernaos como mejor podáis, en la inteligencia de que me interesa en extremo conocer el contenido de este billete.

Actón se inclinó.

La reina repuso:

— Si mal no recuerdo, me habíais anunciado que tenfais dos graves noticias que comunicarme. ¿Cuáles son?

— El general Mack ha llegado á Nápoles y, con arreglo á mi invitación, se apeó en mi casa, donde le encontré á mi regreso del banquete.

— ¡Sea bien venido! empiezo á creer que la Providencia nos protege. ¿Y la segunda noticia?

— Es no menos importante que la primera. Acabo de cambiar algunas palabras con el almirante

Nelsón, respecto al dinero, y me ha dicho que se halla dispuesto á hacer cuanto desee V. M.

— Gracias: eso completa la serie de noticias lisonjeras.

Carolina fué hacia la ventana, separó el cortinaje, dirigió una mirada á las habitaciones del monarca, y viendo luz en ellas:

— Afortunadamente, dijo, todavía no se ha acostado el rey: voy á escribirle diciéndole que mañana hay consejo extraordinario y que es indispensable que asista á él.

— Creo que S. M. tenía para mañana proyectos de caza, observó el primer ministro.

— ¡Bah! repuso la reina desdeñosamente, si no va mañana irá otro día.

Y tomando la pluma, escribió la carta que ya conocemos.

Luego, volviéndose hacia Actón que permanecía en pie como esperando la última orden:

— ¡Buenas noches, querido general! le dijo prodigándole una graciosa y expresiva sonrisa. Siento haberos hecho esperar hasta ahora; pero cuando sepáis cuáles eran mis ocupaciones, confesaréis que no he perdido el tiempo.

Y tendió su mano al favorito; éste la besó respetuosamente, hizo una reverencia y dió algunos

pasos hacia la antecámara.

— ¡ Ah! exclamó la reina, se me olvidaba.

Actón se volvió.

— El rey estará mañana en el consejo de malísimo humor.

— ¡ Mucho me lo temo! respondió Actón sonriendo.

— Recomendad á vuestros colegas que no despeguen los labios á menos que S. M. interrogue, y dejadme representar con el rey toda la comedia.

— Supongo que V. M. habrá elegido el mejor papel.

— Así lo creo, respondió la reina. Pronto juzgaréis vos mismo.

Actón se inclinó de nuevo y salió de la habitación.

— ¡ Ah! murmuró la reina tirando del llamador para que sus camaristas fueran á desnudarla. Si Emma me cumple su promesa, todo irá perfectamente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IV

El médico y el sacerdote

Concluyamos con los acontecimientos de aquella noche, tan fecunda en peripecias, á fin de que en adelante podamos continuar nuestro relato sin vernos en la precisión de retrogradar á cada instante.

Si nuestros lectores han leído con atención nuestro último capítulo, deben recordar que los conspiradores, después de la partida de Salvato Palmieri, se dividieron en dos grupos de á tres personas: uno de ellos subió la cuesta del Pausilipo; el otro se dió al mar en una barca.

El grupo que subió el Pausilipo le formaban Nicolino Caracciolo, Velasco y Schipani.

El que había partido en una barca amarrada bajo el pórtico del palacio de la reina Juana, pórtico que bañaba el mar, y á cuyo abrigo pudo resistir la tormenta, se componía de Domenico Cirillo, de Héctor Caraffa y de Manthonnet.